# Avion de papel

Ignacio

# Capítulo 1

Hacía horas que escribía frenéticamente pero ya no quedaba mucho, ya casi terminaba.

Había tenido que usar su caligrafía más prieta, no había mucho espacio con el que trabajar y mucho que decir, aunque quizás no tanto para agregar.

Tanto apretaba la estilográfica, que en varios momentos amenazó con escurrirse y arruinar la obra. Las manos le temblaban del esfuerzo, y al descubrir una de sus últimas velas jugueteaba con la idea de morir, decidió tomar un breve descanso para buscar un recambio.

Se aseguró de alisar y secar el papel, de limpiar la pluma, de tapar la tinta. Tomó todos los recaudos necesarios. Y cuando hubo acabado los reviso y reviso, tres veces, siempre tres veces. Ningún accidente era permisible.

Con el candil casi extenuado en su mano izquierda, emprendió el breve recorrido hacia el armario de los útiles, afuera, el mundo retumbaba y su eco acuciaba hasta su buhardilla. Resonando entre el techo, las paredes y el techo nuevamente, levantando polvo desde esquinas olvidadas y entre las maderas firmemente fijadas al suelo. Decidió no mirar, no esta vez. El trabajo era lo más importante y esta última etapa demandaba muchísima concentración.

Cada línea tenía su correspondiente grosor, cada punto se separaba de una manera diferente a la anterior, y los nombres ¡ay los nombres! cada cual con su tipografía distinta, en su orden preciso. Entender el patrón le llevó meses, meses de arduas conjeturas, investigación y sobre todo, fallos, pero luego de tanto trabajo dió con el orden exacto.

Los parámetros estaban determinados hace muchísimo tiempo, y los que van a venir prestaran mucha atención a todo. Su trabajo era convencerlos de que era fidedigno, o sino, una versión real que pudieran entender con sentido. Debía respetar la forma, el contenido, la sintaxis y el fin. Solo debía alterar una lista, debía agregar su nombre. Trece letras, un salto de página y ella tendría una oportunidad.

Había demandado demasiado tiempo, más del que podía invertir, por eso tenía que apresurarse ahora, correr. Casi había agotado el total del tiempo.

Y aún así, caminaba lentamente con el candil arrojando haces de luces aquí y allá. Se sentía … agotado, las pocas horas de sueño se habían acumulado pesadamente en sus párpados y hombros. Tenso, los dedos le

temblaban al sujetar algo que no fuese la pluma, como pidiendo que parase, como exigiendo que ya no podían. Sin esperanzas, porque aunque trabajase sin cesar, aunque el maldito sol decidiese salir mañana por la mañana, sus días estaban contados y casi terminados.

Con un sonido chirriante abrió la puerta del armario, y rebusco brevemente entre los estantes. Una vela, de tamaño mediano y de mediana importancia, un instrumento que emite luz, que destierra a la oscuridad. No tenía nada con lo que sobresalir, su vida era esperar hasta que fuese su momento, y luego arder, con todo lo que tenía. Cuán fuerte y luminoso pudiese, hasta que no aguantara más y como un vestigio de lo que solía ser, unirse a las sombras danzantes en su último instante. La admiro unos segundos, infiriendo cierto honor en su existencia, como si el deber de existir fuese una carga mutua que ambos llevaban, pero el engaño duró solo unos minutos, luego cerró las puertas del armario.

Él no tenía honor, tampoco trabajaba por deber o vanidad. El trabajaba, escribía, por una deuda y por inercia. No podía pararse a descansar como no podía abandonar. Tampoco tenía nada que probar, solo necesitaba resultados, solo debía terminar sabiendo que su trabajo había culminado.

Lentamente su pasos lo llevaron a la cocina, otra vez el techo retumbó, las paredes se quejaron y el polvo resurgió de todos lados. Ignoró todo, no se detuvo ni por una fracción de segundo. Para él solo existían sus cavilaciones, extrañamente nunca dudó. Ni de su habilidad ni del resultado final de su empresa, hace mucho que la duda no existía en su mundo de bordes calcinados.

No había duda, no existían razones. Solo el trabajo, eso es, solo debía terminar su trabajo.

Fijo el manuscrito a la carpeta en la mesa, destapó la tinta, preparó la estilográfica. Todo en su lugar como siempre, desde que se mudo a este refugio siempre uso la misma rutina, la misma seguridad y las mismas rutinas de control. Siempre tres veces, siempre todo en su lugar para comenzar  a trabajar.

Sintió que esta era la última vez, que ya no se levantaría de aquel escritorio. La vela ardía firme en una esquina, impertérrita, haciéndole compañía.

Escribió con lentitud y detalle, usando la secuencia de trazos correspondientes. Y llegó a su nombre, lo presiono con calma contra el papel, casi como si la tinta lo acariciase en el proceso. Cuando el nombre estuvo listo pudo leer su sonrisa sincera y su risa estridente, sus opacos ojos azules, y la lenta ausencia que siempre la rodeaba.

En ese momento una hipótesis comenzó a formarse, ¿y si todos los nombres solo siguieran un mismo patrón? ¿Y si cada uno refleja la naturaleza de la persona que refieren?

Sería bonito, sería muy bonito.

Los ojos le ardían, pero ya no quedaba que escribir. Limpio la pluma, tapo la tinta, en el primer cajón del escritorio tenía un cuerno hueco reservado para esta ocasión, lo saco y con mucho cuidado colocó su trabajo dentro. El polvo caía sin cesar, y una vez hubo terminado, cerró los ojos esperando que pase el mareo y el escozor.

Con los ojos cerrados vio un campo de flores que conoció una vez. Estaba lejos, en un segundo piso y lo admiraba a través de una ventana. Las flores y briznas de pasto bailaban con el viento, un viento constante y fuerte que soplaba hacia la puesta de sol.

La ventana estaba abierta y extrañamente una sola hoja de papel yacía sobre su escritorio, inmune al hechizo del viento. Era una lista y su nombre estaba ahí. Decidió doblarla, primero a la mitad, luego sobre sus lados, antes de darse cuenta que estaba haciendo había terminado, en sus manos un avión de papel reposaba preparado para volar.

Lo apretó y con un movimiento fluido lo arrojó por la ventana, cerró los ojos otra vez y en el mundo donde no soñaba sintió como su techo y sus paredes colapsaban por última vez.